

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 150.

MADRID: DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



IGNORABA QUE ESTUVIESEIS CON LA SEÑORITA....

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

III.

AMANTE DESLEAL.

Aun yacia sumido Federico en el pesado sueño que de él se había apoderado, cuando de Argele montó á caballo, y partió el trote hacia Roanne con la intencion de proporcionarse allí á peso de oro una silla de postas. Dejemos que duerma el jóven si bien no tantos años como la heroina del conde de Perrault, todo lo que se necesita para narrar sucesos anteriores á esta época.

Remóntese con nosotros el lector, si no lo ha por enojo á mediados del otoño de 1817.

Hallábanse sentadas dos mugeres en el centro de un jardinillo perteneciente á una casa, situada al extremo meridional de Mompeller: eran de muy diversas edades: permanecian á la entrada de un pabellon de construccion sencilla y de escaso gusto, por lo que venia á ser en suma una cabaña de piedra que servia de asilo á los que en el paseo eran sorprendidos por las lluvias. Desde el punto en que se encontraban distinguian hácia la izquierda las tapias de la posesion al través del escaso ramaje de un sauce, y hácia la derecha más allá de un prado en torno del cual serpenteaba un riachuelo, ó mas bien la zanja donde hubieran resbalado las aguas de un manantial, sino lo hubieran cegado los estios, descollaba la casa vivienda. Corta parecia la distancia desde una á otra parte, mas era doble sin duda, de lo que se creyese á primera vista por la circunstancia de no poder ir á ella via recta; pues habiéndose hundido el puente de madera, tendido sobre la zanja, era necesario seguir una tortuosa alameda, que despues de dar 20 vueltas en los puntos mas espesos del bosque desembocaba en una huerta contigua al jardinillo. La conversacion entablada entre las dos mugeres había sido interrumpida por gritos que se oian fuera, por el redoble de las cajas al toque de llamada y

tropa; y como aun estaban recientes entonces, los disturbios políticos del mediodia de la Francia, toda demostracion de esta especie, causaba sobresalto; pues podia ser preludio de una nueva guerra civil. Se habian hecho algunas visitas domiciliarias, y desde por la mañana recorrian patruilas las calles de la ciudad. Habíase conmovido la poblacion, sin que nadie atinase el motivo de aquel alarde de fuerzas, hallándose solo en el secreto del peligro que amenazaba al reposo público, la autoridad y sus agentes.

La mas jóven de las dos mugeres era de estremada hermosura, honda expresion de melancolia templaba el fuego de su mirada, y la palidez natural de sus mejillas revelaba tormentos interiores, penas secretas, contra las que debian estrellarse toda clase de consuelos. Acosada de continuo por sombríos presentimientos cada grito de alarma estremecia su corazon, viendo en todo funestos presagios. Frisaba ya la otra en los 50 años: no se observaba en su fisonomia ningun rasgo notable ni característico; mas que á juzgar por sus maneras, habia pasado su vida, si no entre el lujo al menos en la elegancia. Luego que dejó de oirse la voz del mando del gefe de una patrulla que habia hecho alto junto á las tapias de la finca, llamó su atencion otro objeto, cual fue la presencia de la vieja nodriza de Emilia Richome.

— ¿Qué se os ofrece, Marta? preguntó madama Deneg. ¿Nos buscábais? ¿Teneis que darnos alguna noticia?

— No señora, respondió Marta. *Ignoraba que estuviéseis con la señorita*, y he pasado por aqui casualmente.

Acompañó estas significantes palabras con una misteriosa mirada á Emilia: esta la advirtió, aunque sin dar importancia ni comprender las furtivas señas de su nodriza amada: jamás se habia separado Marta de ella: era su confidenta, y, por decirlo así, su única amiga; pero la vida de Emilia era tan monótona y tan con-

sagrada habia mas de un año á la más significativa pesadumbre, que no comprendió fuese su intento hablarla á solas, sino por costumbre; y por el deseo de darla quejas mil veces repetidas. La indicó por señas que no podia separarse de su tia en aquel momento, y esta la dijo con tono que no daba lugar á la desobediencia.

— Déjanos, Marta.

Retiróse la nodriza visiblemente contrariada por aquel precepto; no sabiendo á qué atribuirlo, la siguió Emilia con los ojos; mas cualquiera que fuese el secreto que Marta tratase de revelar, la absorbía demasiado la conversacion pendiente con su tia, para que otro interés pudiese distraer por mucho tiempo su ánimo.

— Triste es la época en que vivimos, dijo madama Deneg luego que quedaron solas, y criminales son los que alimentan los disturbios con sus insensatas tentativas.

— Ignoro lo mismo que vos, respondió Emilia procurando tomar cierto aire de indiferencia, la causa de ese nuevo trastorno; tal vez no haya por qué inquietarse: apenas hay semana en que no se anuncia como próximo un peligro inminente; por lo que á mi toca, voy habituándome á la situacion que tanto me sobresaltaba antes, y puesto que ni una ni otra estamos comprometidas en los sucesos que sobrevener puedan, me parece que debiais imitar mi ejemplo y participar de la misma seguridad que yo.

— ¿De veras vives segura?

— Si señora.

— De ese modo tendrás la suficiente calma para escucharme.

— Hablad, dijo Emilia con tono resignado bajando los ojos.

— ¿Habeis reflexionado sobre lo que os propuse ya hace dias?

— Si, señora.

— ¿Y qué respondes?

La jóven guardó un profundo silencio. (Continuará.)

UN DILETTANTE.

Vive Dios, que es cosa grande encabezar este artículo con un epigrafe italiano, vive Dios, que mas de cuatro y aun de ocho sin saber que significa *dilettante*, con solo saber que es nombre extranjero, daran su voto de aprobacion á estas primeras lineas sin ver lo que serán las últimas. Pero esto no es nuevo en nuestra tranquila, esplendida y rica patria. Hablar de lo que se entiende es cosa ya muy vulgar; el caso es no entender de lo que se habla, y viva el siglo de las luces de *Bernet*.

Hay hombres que segun se dice vulgarmente tienen angel (es decir, don de jentes; mas claros, que tienen simpatias en la sociedad) y otros que no lo tienen. Unos siendo buenos mozos y graciosos, les falta el angel; y otros siendo feos y sosos, lo tienen. Unos siendo sabios y delgados, tienen un angel muy bonito; y muchos siendo rechonchos y un poco arrimados á la cola, ni lo encuentran por mas que lo buscan, ni lo hallan por mas que lo encuentran; y uno de estos hombres es el *dilettante* que nos ocupa.

Es una desgracia en el hombre el ser *de grueso calibre* (es decir) el ser gordo; y aun mucho mas desgracia, el parecerse un *obus* rechoncho y apatatado. Y digo desgracia porque es el don preciso de las sociedades, el comodin de las hijas, el diccionario de las madres, y el payaso de los muchachos. En todos infunde alegría el hombre gordo y mas si la tira de erudito, pero de una alegría sin *angel*, de una alegría que para un hombre que come para vivir y no vive para comer, seria el estertor de la muerte, iria á esconderse por lo menos á la isla del Tambor que segun varios autores está siete mil leguas mas allá del mundo; mas mi don Canuto que es el héroe de nuestro artículo y de la catadura que ahora hemos explicado, se cree el *non plus ultra* de las muchachas, el máximo de los *dilettanti*; y el *Flor Santorum* de los hombres de pró.

Entiende de todo, sabe de cuanto le preguntan, escupe por un colmillo, es *finchado como un portugues* las reputaciones, las despacha á varios precios, y en fin es el *Omnibus viviente* de las noticias filarmónicas.

Al ver á don Canuto por primera vez se le fija á uno en la imaginacion, el que ha de ser ó procurador, mayordomo, médico ú tutor; ó que toca el violon ó la trompa, y es una triste gracia el que se le fije á uno esta idea cuando ve á un hombre gordo; porque los hombres de este calibre pueden ser lo mismo que los hombres flacos, y aun mas todavía si la ciencia entra en sus caletres en proporcion al peso de sus volúmenes. Pero vamos á nuestro *dilettante*, vamos á nuestro don Canuto y veámosle en sociedad elegante, *cara feroche*, el frac echado atras, el dedo pulgar de la mano izquierda metido en el bolsillo del chaleco, y con la mano derecha sujetando el sombrero por el ala.—Don Canuto, que tal anoche la opera?—En! regular la *mezzo contralto* se desafió en el *mi bemol*, y el bajo marcó poco la *cadencia* de su aria.—¿Y la partitura que le pareció á vd.?—Muy buena, á pesar del poco uso que ha hecho el autor de los timbales.—Digame vd. don Canuto, estuvo vd. anoche en el concierto de la señora

de M...?—Toma! pues no habia de estar! Si, señora.—¿Y qué tal cantó Luisita?—Bien... carece un poco de escuela á pesar de que ejecuta bien, toma bien los aientos y espresa lo que canta.—Digame vd.: ¿qué le ha parecido á vd. Rubini?—Buen tenor tragico, aunque algo exagerado en su escuela....

De esta manera se explicaba don Canuto, y yo le escuchaba atentamente una noche en una reunion. El caballero amo de casa, que sabia que yo entendia un poco de la materia de que se hablaba, me preguntó qué tal me parecian aquellas explicaciones. Bajé los ojos y me encogí de hombros, porque no sabia qué contestar á las tamañas barbaridades que de aquel rollizo alcornoque habia oido. Pero lo que mas me sorprendió, lo que me hizo mas impresion fué cuando el amo de la casa me dijo que aquel compañero de san Antonio Abad cantaba!—Canta ese hombre!! exclamé yo asustado, porque creí que si la voz era proporcionada á su enorme panza, iba a hacer mas estragos en el timpano de los oyentes que en Barcelona hicieron las bombas amigables.—Si señor, canta; verá usted como se divierte un rato.—Hombre, le contesté, no haga vd. tal cosa; no le incomode vd. por mi causa, pues yo sentiria....—Nada de eso. ¿Don Canuto?—Servidor.—Este amigo dice que tendria mucho placer en oírle á usted cantar alguna cosita.—Crea vd., caballero, contesté al momento, que yo no....—Nada, nada, caballero; voy al instante, porque malo y rogado son dos cosas malas, y yo al fin soy un aficionado.

Flechado se fué al piano don Canuto, y un tertuliano que ya conocia su escuela se puso á acompañarle en el dicho instrumento. Pero ¡cuál fué mi admiracion al oírle cantar con una voz chillona de tiple el aria *Tu vedrai la sventurata!*....

Callemos sobre mi situacion en aquellos momentos; solo el recuerdo de don Canuto y de su aria me hacen estremecer todavía. ¡Cuántos *dilettanti* hay como don Canuto en la capital de España!!!....

M. SORIANO FUERTES.

IMPRESIONES DE VIAGE.

SALAMANCA 30 de mayo.

Vuelvo á ocuparme del estado ruinoso en que se encuentra esta ciudad, porque importa conocer las causas que han labrado su actual miseria, paralizand el comercio y la industria.

Cuando en España habia muy pocas universidades, señora de todas ellas la de Salamanca, por las cuantiosas rentas que tenía, por sus buenos maestros, por su buen laboratorio de fisica, y mil otras ventajas, adquirió una celebridad europea, y cuántos deseaban beber las ciencias en cristinas y puras fuentes fijaban aqui su mansion, no habiendo padre regularmente acomodado que no enviase sus hijos á Salamanca, donde los conocimientos eran mayores que en el resto de la península, donde reinaba doble movimiento científico, y donde se sentia mas que en parte alguna el progreso de la civilizacion, renovando el cuadro primitivo de nuestra patria.

Así es que hubo año en que se matricularon

18,000 mil estudiantes, por lo que adoptando un término medio puede asegurarse que en los felices tiempos de la universidad, siempre estudiaban en ella 12,000 jóvenes, cada uno de los cuales gastaria medio duro diario, cálculo muy reducido, porque en él se comprende la manutencion y demas gastos necesarios para vivir decentemente. Tenemos pues que dejaban seis mil duros diariamente, cantidad que refluía en beneficio de todas las clases de la poblacion. Agreguemos ahora veinte y cinco colegios, donde se daba enseñanza á jóvenes venidos de lejanas tierras, y se tendria una idea de las riquezas que entraban en esta ciudad, y del calor que darian al comercio, á la industria, á la agricultura y á la fabricacion el numerario de los estudiantes, y el de los infinitos viajeros nacionales y extranjeros que venian á visitar la segunda Sorbona.

La moda (que tambien en los estudios la hay), el descuido en la enseñanza que fué notándose progresivamente, las luchas civiles que envolvian de vez en cuando á nuestra Nacion, y las guerras que con frecuencia sostenia contra los extraños, fueron alejando lentamente de Salamanca á esa multitud que, ansiosa de saber, se agolpaba en las aulas de esta ciudad, y poco á poco fué paralizándose el movimiento vital que la animaba.

La voladura á principios de este siglo de un polv. rin que destruyó calles enteras; los saqueos y depredaciones de los franceses en la guerra de la independencian; el despojo decretado por el gobierno de José contra los bienes de los frailes; el llevado á cabo desde 1820 á 1823 el escandaloso, absurdo é inmoral espolio, no solo de los bienes de los religiosos, sino de las propiedades sagradas de las infelices monjas, no ya únicamente las pertenecientes al clero, sino tambien á las fundaciones piadosas ó científicas, ejercido en la aciaga época que vamos corriendo, el aumento de contribuciones; las continuas derramas, y cuantas calamidades pasan con mas ó menos rigor sobre nuestro pais, han sumido en la miseria á Salamanca; sin que consiga restaurar sus perdidas fuerzas á no reformarse enteramente nuestra Nacion, elevando un buen edificio administrativo sobre las ruinas del que ahora se va desplomando, falto de sólidos fundamentos.

La industria pecuaria, que en esta parte de Castilla, como dije á V. en mi primera carta, ha sido siempre una de las principales riquezas, va decayendo rapidamente y sea porque las lanas no encuentran salida, ó porque valen á ínfimo precio, lo cierto es que pocos vecinos de esta ciudad se ejercitan en este trafico, habiéndose mas inmediatamente vinculado en los charros de la campiña, quienes tampoco están muy contentos con sus merinas, cuya manutencion y cuidado cuesta muchos afanes y no poco dinero.

En suma, en cualquiera parte á que vuelvo los ojos solo encuentro decaimiento y postracion, y cada dia me afirmo mas y mas en la creencia que hace años abrigo acerca de la imposibilidad de sacar ayante esta Nacion, cuyos miembros todos se hallan gangrenados, distando muy poco el maléfico virus de asaltar su corazon, llevando la muerte al cuerpo del estado. ¡Dios quiera que me equivoque, y que la esperiencia mate mi escepticismo en materias de *progreso y ventura*, palabras que para mi nada significan hace mucho tiempo!!

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Cuarta representacion de

Pedro el negro ó los bandidos de la Lorena,

drama nuevo de grande espectáculo, en cinco actos, dividido el segundo en dos cuadros.

PERSONAJES.	ACTORES.
Mariana	Sras. Perez.
Ursula	Sampelayo.
Andres	Sras. Alverá.
Pascual	Castañ. (D. V.)
Pedro el negro . .	Lumbreras.

Franval	Lopez.
Grande	Azcena.
Oculti	Torroba.
Briu	Carceffer.
Pablo	Azopardo.
Max	García.
Ladron 1.º	Spantoni.
Id. 2.º	Reyes (D. M.)
Id. 3.º	Roda.
Rolando	Fernandéz.
Ped. gordo, zurdo.	Castañ. (D. H.)
Mozo 4.º	Lamada. (D. A.)

Manchegas á cuatro, nuevas, llamadas del Piculi por las señoras Saavedra y Lopez, y los señores Alonso y Ponce.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.

4.º Sinfonia.

2.º Se pondrá en escena el muy aplaudido drama en tres actos, titulado

UN SECRETO DE ESTADO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Ladi Melrose . . .	Sras. Diez.
Arabela	Parra.
Norval	Sras. Romea (D. J.)
Carford	Sobrado.
Hamilton	Diez.
Vilfrid	Guzman (D. A.)
Eurico	Ramirez.
Macdowel	Fern. (D. J.)
Centinelas	Sánchez, Onnero.

5.º La tarantela, paso á dos por Mma. y Mr. Finart.

4.º Terminara el espectáculo con la comedia en un acto, titulada

CASUALIDADES.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche

MARINO FALIERO.

ópera seria en tres actos del maestro Donizetti.

IMPRENTA DE BOLX.